

# AROMA DE MANDUL

*«Al escribir versos,  
el caminante hace del barro  
su canción»*

*Javier Tafur González*

Durante toda su vida, el poeta Javier Tafur González se ha dedicado a describir instantes y revelaciones. Como testimonio está su obra valorada por sus lectores: cuentos, minificción, poemas breves, haikuentos, novelas y el siempre amado haiku. *Travesía de la luz*, la obra que presentamos, es un punto de quiebre; conformada por cerca de quinientos sonetos donde el autor se entrega dócil a la tiranía de la sinalefa y los endecasílabos, a la rigurosidad del ritmo y la rima, a las limitaciones de la métrica y la consonancia.

¿Cómo un poeta puede pasar de escribir de manera absolutamente libre y, por su propia voluntad, someter su acto creativo a normas lejanas en espacio y tiempo? ¿Ha dejado Tafur González de experimentar la incertidumbre que ofrecen los días y los abismos? ¿Ha renunciado a vivir en tiempo presente, a vigilar las criaturas que habitan su territorio, a dialogar con las sombras y el canto sorprendente de las auroras?

No. En estos bien contados versos está el mismo poeta de siempre, el panteísta urbano alelado frente al camino, el hombre sin afán que disfruta con los instantes y viaja con boleto de añoranza a un pasado donde la vida no se ha marchitado. Sus versos siguen colmados por una poética del asombro, de la ensoñación y por un profundo respeto a la naturaleza.

En esta *Travesía de la luz* existe un auténtico peregrinaje versificado por la vida del poeta Javier Tafur González. Lo expresan los poemas sinceros a una infancia libre con olor a campo, galope y canto de vaquería; sonetos al territorio que ha conquistado nuestros huesos y hoy es gota de sudor y fluir de sangre. Lo gritan numerosos versos al Valle del Cauca, al suelo nativo «donde el poeta recibió la luz definitiva para sus días». Y del Valle su novia constante, la que merece todos sus amores, es Cali. Como pocos poetas de la región, Javier conoce dónde duermen los arroyos y quebradas sepultadas por el progreso; sabe dónde aún resisten de pie las ceibas y los mandules que le vieron alucinar con sueños de juventud. El poeta tiene claro que las palabras cuando designan, tienen movimiento; cuando recuerdan, tienen fragancias; cuando revelan, dan esplendor, y cuando se pronuncian, calman la sed. Sus versos no dejan por fuera nombres que siempre estarán vivos en la conciencia de los caleños: Cañaveralejo, Meléndez, Lili, Pance, Farallones, Ceibas, Mandules, El Peñón.

Por fuera no se quedan otras querencias y estremecimientos: artistas, procesos creativos, los amigos que ya no están, los hermanos que dicen adiós, pero siguen siendo memoria; los amores que tampoco

mueren, los poetas de toda la vida. Los endecasílabos se convierten en una pasarela dispuesta para que «*la Jovita bonita*» haga resonar sus tacones y forme aspavientos de escarcelas y carmín. Nunca Tafur ha renunciado a sus palabras alborozadas. Claro que hay alegría escrita entre signos de exclamación; incluso entre los silencios y las esperas. Una chispa de regocijo es constante cuando la iluminación cruza su camino o regresa a su memoria. Aquí también la introspección, las meditaciones poéticas, la dialéctica de las penas y los goces, la solidaridad para quienes sufren por la guerra, el destierro, la herida, el abandono y de fondo, siempre encendida, «*una luna llena de pena*».

El poeta es siempre respetuoso del pasado, de la tradición, de las normas. Este libro, escrito con empeño y disciplina, demuestra que en la libertad también existe la rigurosidad. El haiku, la brevedad y el *verso libre* no están exentos de reglas, de poéticas que le comprometen con una particular forma de asumir la existencia. Leer estos sonetos es una verdadera *travesía de la luz*. Además de respeto por la vida, en estos versos existe una conciencia de que el tiempo ha pasado, que somos mayores y que la muerte espera con la misma tranquilidad con que fluyen los ríos o se derrite el tiempo en los cristales de los relojes de arena. Tafur transita de panteísta urbano a sabio de este tiempo; el libro lo confirma. En su escritura podemos apreciar a un hombre que se conoce, que conoce a los demás, que aprendió a envejecer y que no le teme a la muerte. Quien llega a estas alturas de la vida es consentido por la sabiduría. El poeta es sabio cuando dialoga con las conchas arrojadas por el mar a una playa y allí la congratula porque sabe que de ese mismo material están contruidos los huesos que le sostienen. Hay conciencia cuando un instante poético se queda para siempre en la retina: «*Una huella cuenta sobre la levedad de un peso y el drama del desarraigo*». El poeta vallecaucano no oculta una sonrisa cuando descubre que lleva la estridulación del cucarrón sembrada en su propio corazón. Nunca le llega al poeta la señal incumplida del amigo que se adelantó, sus reflexiones resuenan entre la vida y la muerte porque «*ahora está aquí junto al precipicio*».

Recoger con las manos del suelo, *apañar*, así lo enseñaron los abuelos. Esta palabra antigua es precisa para decir que Javier ha salvado de los días esta cosecha de versos y la entrega en cuartetos y tercetos para demostrar que se puede enlazar una postura oriental en un formato occidental. De verdad, antes que termine el concierto de mi aurora, que ya es luz dorada en mi balcón, quiero insistir en la gracia de su poesía: arropa, salva, interpela, resuena hacia la propia conciencia y, como lo afirma: «*se hospeda en el recuerdo de quien ha merecido una evocación*».

**Fernando López Rodríguez**

Cartago, julio de 2024